



¡Nadie Es Demasiado Culpable!

David W. Chadwell

“¡Dios no me puede perdonar!
¡Jesús nunca me podría salvar!
¡Mis pecados son imperdonables!”
Cuando una persona combina tal culpabilidad con auto desprecio, fácilmente puede llegar a la conclusión de que Dios no puede salvar a alguien tan perverso. La persona malvada que permite que su culpa no le deje actuar en base a su conocimiento de Dios y la fe en Jesús,

crea la tragedia espiritual extrema.

Jesús afirmó de manera simple en Juan 3:16-18 que el amor divino llevó a Dios a enviar a Su Hijo a este mundo. El objetivo de Dios no es *condenar* a la humanidad a través de Jesús — la humanidad ya está condenada por su propio pecado. El objetivo de Dios es *salvar* a la humanidad a través de Jesús. El deseo de actuar sobre la fe que uno

pone en Jesús quita a cualquier persona de la condenación.

La persona abrumada por su pecado a menudo piensa que esto es demasiado bueno para ser verdad. ¡Pero es verdad! Cuando Jesús entregó Su vida para perdón de pecados, Él limpió todo pecado. Todo pecado de la rebelión de Adán y Eva (Génesis 3) hasta el último pecado antes del juicio eterno se paga con la sangre de Jesús (Romanos 3:25,26). Si cada persona de cada generación aceptara el perdón de Dios en Jesús, esto no podría consumir toda la redención, la gracia, o la misericordia de Dios.

Ninguna persona capaz de tener fe y arrepentirse está fuera del alcance del perdón de Dios. Jesús verificó esto repetidamente durante Su ministerio. El extendió la oportunidad de *"beber del agua viva"* a una expatriada mujer samaritana que había estado casada con cinco hombres y ahora vivía con un hombre con el cual no estaba casada (Juan 4:10-18).

El dijo, *"tu fe te ha salvado; ve en paz"*, a una mujer penitente cuya inmoralidad sexual era conocida en toda la comunidad (Lucas 7:36-50).

El nombró a un cobrador de impuestos como uno de Sus doce apóstoles (Mateo 9:9-13). Los cobradores de impuestos eran notorios por su ambición y su falta de honestidad. Cualquier juicio que

recolectara impuestos romanos era clasificado como uno de los peores pecadores. Los "líderes religiosos aceptables" de los días de Jesús lo condenaron severamente porque se asociaba y comía con cobradores de impuestos y pecadores. Jesús les contestó: *"Los enfermos necesitan un médico. No los sanos. He venido para llamar a los pecadores, no a los justos."*

Una fuerte condenación resultó de la práctica de Jesús de enseñar, sanar, y asociarse con expatriados sociales y religiosos. Liberó a tales personas de toda clase de mal — incluyendo posesión demoníaca. A los ojos de los "religiosamente aceptables", la obra de Jesús con tales personas no se podía justificar.

La mayor evidencia de que Dios y Jesús pueden salvar a la persona más pecadora es Saulo de Tarso, quien llegó a ser el apóstol Pablo. El mal de este hombre no se puede exagerar. ¡En el nombre de Dios, intentó destruir al cristianismo! Con total consentimiento, él sostuvo las vestiduras de los hombres que apedrearon al cristiano Esteban hasta morir (Hechos 7:58-8:1). Se comprometió completamente a la destrucción del cristianismo en Jerusalén buscando cristianos casa por casa (Hechos 8:3). Cuando los encontraba, los arrastraba afuera de sus casas y los encarcelaba.

Atormentaba a los cristianos

amenazándolos y declarando sus intenciones de asesinarlos (Hechos 9:1). Con este odio, obtuvo permiso del sumo sacerdote judío para entrar en una sinagoga de Damasco en Siria para arrestar, encadenar, y regresar a Jerusalén a cualquier cristiano que encontrara (Hechos 9:2).

Años después, encarcelado él mismo por pertenecer a Cristo, libremente reconoció su anterior maldad. Declaró que en aquellos días había perseguido a los cristianos hasta la muerte y encarcelado a hombres y mujeres (Hechos 22:4, 5). En aquellos días, hizo muchas cosas en oposición al nombre de Jesús. Votó por la ejecución de los cristianos que ponía en prisión. En las sinagogas, usaba la fuerza para hacerlos blasfemar. Estaba obsesionado con su odio por los cristianos (Hechos 26:9-11).

En su viaje a Damasco, se encontró con el Jesús resucitado cara a cara y habló directamente con Él (Hechos 9:1-9; 26:12-18). En un instante, Pablo supo que Jesús era el Hijo de Dios. **¡Se había estado oponiendo a Dios y luchando con Él!** Cuando Jesús envió a Ananías a

instruir a Pablo, Pablo — en su nueva fe y conocimiento — fue bautizado. Cada pecado que había cometido fue limpiado (Hechos 22:16).

Años después, Pablo escribió que su salvación era la prueba incommovible de que Jesucristo vino a salvar a los pecadores, ya que él era el primero de todos en este mundo. Como el pecador más grande del mundo, recibió misericordia para que Jesucristo probara Su perfecta paciencia. Pablo es la prueba innegable de que Jesús puede salvar a cualquiera que cree en el Hijo de Dios resucitado (1 Timoteo 1:12-17).

Cualquier persona capaz de poner su fe en el Jesús resucitado y arrepentirse, puede ser perdonada de cualquier mal. Cuando una persona injusta actúa por su fe con arrepentimiento siendo bautizada en Cristo, será purificada tan perfectamente de todo pecado como lo fue Saulo de Tarso. ¡Nadie es demasiado culpable para la salvación en Cristo Jesús! †

David Chadwell es predicador y escritor en Fort Smith, Arkansas, USA.

❦

De modo que si alguno está en Cristo,
nueva criatura es; las cosas viejas pasaron;
he aquí todas son hechas nuevas.
(2 Corintios 5:17)